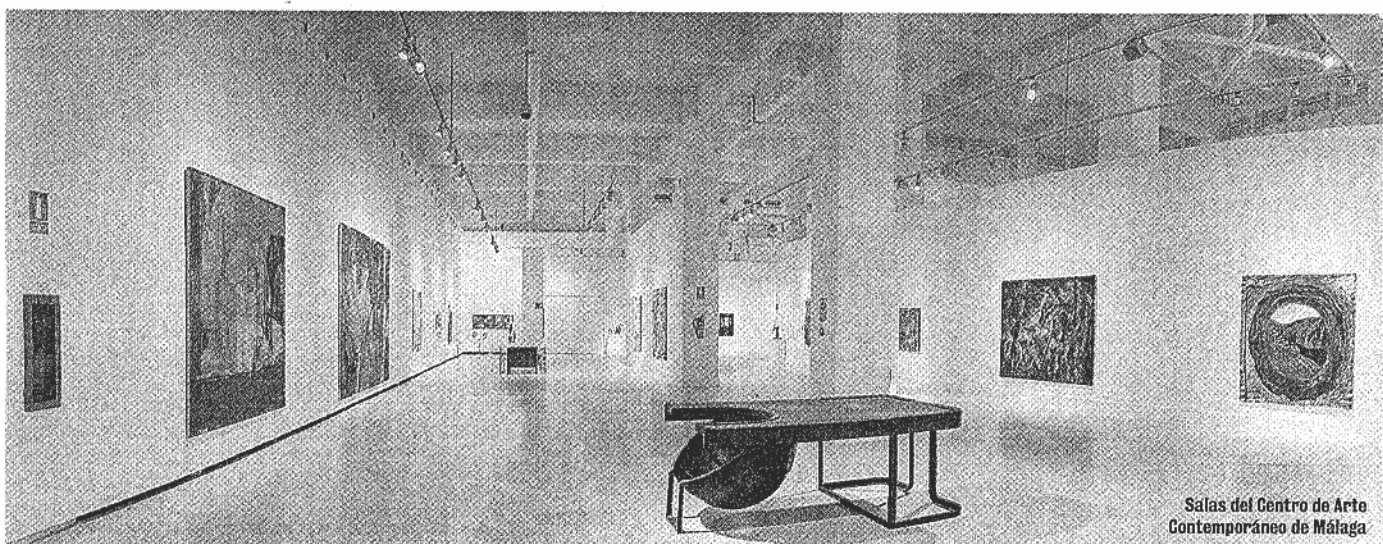


No resulta fácil poner un poco de luz en el bosque de nuevos, y no tan nuevos, centros de arte que configuran el mapa museístico nacional. Al cabo, pasar de ciertos triunfalismos a una más cruda realidad

## Los centros y sus autonomías

JAVIER GARCÍA MONTES



Salas del Centro de Arte Contemporáneo de Málaga

No hace mucho, Adrian Searle, el influyente crítico de *The Guardian* (jurado del premio Turner 2004), hablaba con sorpresa de la politización exagerada de los centros de arte contemporáneo en España (un país que conoce bien, gracias a su amistad con artistas como Cristina Iglesias, Espaliú o Juan Muñoz). En comparación con el Reino Unido, desde luego, resulta chocante la poca independencia política de nuestros museos públicos y la escasez de iniciativas privadas más autónomas. No se trata, desde luego, de crear centros elitistas *au dessus de la mêlée*, indiferentes a lo que pueda necesitar la región donde se levantan. Pero la dependencia exclusiva del dinero público y las exigencias de los políticos pueden resultar asfixiantes. Conviene por eso matizar el triunfalismo con que se presenta cada nueva maqueta de museo autonómico: a la larga puede ser perjudicial para la solidez del proyecto. Basta como ejemplo el cierre alevoso del CASA de Salamanca al año escaso de su inauguración a bombo y platillo (por «decisión personalísima» del alcalde); o la precariedad del Centro Andaluz de Arte Contemporáneo: su nuevo director, nombrado en julio para revitalizarlo, sólo tiene asegurado su puesto hasta las elecciones de marzo de 2004.

La variedad y la descentralización de propuestas culturales es un buen objetivo, pero es dudoso que llegue mediante la clonación local de proyectos cortados por el mismo patrón: apresuramiento, falta de previsión a largo plazo, faraónicos (y publicitados) edificios nuevos cuyo contenido se improvisa sobre la marcha. Es significativo que fuera el relumbrón del Guggenheim de Bilbao (y no el prestigio ganado a pulso por el IVAM, por ejemplo) lo que hizo exclamar «yo también quiero uno» a más de un alto cargo.

Pero hay que recordar que el Guggenheim se abrió en una ciudad con una infraestructura universitaria, artística y cultural bien establecida,

que le sirve de apoyo y de alternativa: su brillo no debe hacer olvidar la trayectoria de la sala Rekalde y la excelente gestión y modernización (2001) del ejemplar Museo de Bellas Artes en Bilbao, o la del Koldo Mitxelena en San Sebastián. Un contexto receptivo que brilla por su ausencia en el caso del Patio Herreriano de Valladolid o el futuro MUSAC de León, pero no en el flamante ARTIUM de Vitoria (2002). Es pronto para evaluar su trayectoria, pero su pacto de colaboración con el MARCO de Vigo (2002) y el Centro José Guerrero de Granada parece buena señal y comienza a dar resultados. El MARCO, por su parte, parece dar la réplica al veterano CGAC de Santiago con exposiciones de mayor calado teórico que compensan la excesiva tendencia a la retrospectiva individual que últimamente sigue el centro de Compostela. Y se nota también un decidido acercamiento al arte contemporáneo portugués, siempre tan cerca y aún tan lejos.

### Cambios de rumbo

En la esquina opuesta del mapa, por su parte, se hace cada vez más clamorosa la ausencia de un espacio que tome el relevo del desaparecido Centre del Carme de Valencia, dedicado exclusivamente al arte contemporáneo. También compensaría el previsible cambio de rumbo del EAC de Castellón tras la marcha de José Miguel Cortés, que forjó una trayectoria de coherencia conceptual, ejemplar para muchos nuevos centros. El Espai prepara una exposición coyuntural de urgencia de la colección ARCO, así que es pronto para saber cuál será exactamente la nueva orientación. Cerca, en Murcia, el recentísimo Centro Párraga y su director Juan Antonio Álvarez Reyes llegan con fuerza y claridad de ideas. Dará prioridad a las nuevas formas de expresión artística (*net-art* y nuevos medios en particular), a juzgar por su primer proyecto (*La conquista de la ubicui-*

*dad*, comisariado por José Luis Brea). También colabora con el Reina Sofía en el ciclo *No lo llames performance*, que lleva las nuevas modalidades de arte/acción simultáneamente a Murcia y a Madrid. Al lado, sin embargo, languidece otro centro interesado por el arte y la tecnología: el Museo Universitario de Alicante, único del género en nuestro país. Es una lástima, porque merecería más atención como modelo alternativo de gestión (no hace mucho el MUA dejó de sostener *e-arco* y *e-valencia*, interesantes y guerreros proyectos en internet).

Otra variante posible es el CAC de Málaga, de titularidad pública y gestión privada. Fernando Francés, su director, dice querer «llegar al criterio profesional de gestión» (algo que, desde luego, brilla por su ausencia en muchos casos) a través de la aplicación de criterios empresariales (asunto más peliagudo que habrá que tomar con su pizca de sal). O la puramente privada Fundación Montenmedio de Cádiz, un experimento curioso acerca de las relaciones entre arte contemporáneo, paisaje y proyectos *site-specific*, que va formando una excelente colección con obras de Abramovic, Sol LeWitt o Eliasson, entre otros.

Hablábamos de Portugal y hay que referirse al MELAC de Badajoz, que prosigue discretamente su tarea de difundir el arte contemporáneo en Extremadura y de hacer más permeable la frontera lusa. En Cáceres parece firme la idea de levantar un museo para exponer la colección que la galesta Helga de Alvear dona a la ciudad (verdaderamente apabullante: más de 2.000 piezas de artistas contemporáneos de primer orden). Sería una baza a jugar en sus aspiraciones a la Capitalidad Cultural Europea en 2016: ¿habrá que irse echando a temblar? A doce kilómetros el Museo Vostell/Fluxus sigue calladamente en su sitio desde hace más de veinte años, cuando el arte contemporáneo aquí no interesaba a casi nadie. Qué tiempos. ♦